



MUJERES QUE CUENTAN

Secretos

narratio

Mujeres que cuentan secretos

Primera edición, 2020

© D.R. 2020, Alejandra V. Báez, Alina Guerrero, Ana Yilian Giroud, Andrea Carolina Huete, Gabriela Selser, Georgina Viteri, Gisella Torio Martínez, Irene Selser, Julieta Omaña, Laura Echevarría Román, Ligia Urroz, Linda Báez Lacayo, Magdalena Pinochet, María Cristina Zubieto, Marianela Corriols Molina, Mayte Alcelay Arceus, Maya Lorena Pérez Ruiz, Martha Govea Reyes, Marlen Lucia Landero Vargas, Martha Cecilia Ruiz, Montserrat González Vera, Nuria G. Arnaiz, Sandra Torres Molina, Silvia Ruth Fernández Caría, Verónica Mas, Yolanda Rossman Tejada (autoras).

© 2020, Narratio Aspectabilis S.A. de C.V.
Jardín Centenario 18-3, Villa de Coyoacán
Coyoacán 04000, Ciudad de México
<info@laboratoriodenovela.com>

Idea, coordinación y compilación: Linda Báez Lacayo

Editor: Celso Santajuliana

Créditos: Diseño del libro y portada: Alejandra V. Báez

Revisión: Alberto Sánchez Arguello, Linda Báez Lacayo

ISBN 978-607-98491-7-7

Reservados todos los derechos

Impreso y hecho en México

Título: Mujeres que cuentan secretos

Extensión: 176 páginas.

Dimensiones 17 x 23 cm

Publicación: México

Editorial: Narratio Aspectabilis S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-98491-7-7

Literatura.

1000 ejemplares.



ÍNDICE DE CUENTOS

Prólogo. Secretos susurrados	7
1 "No me hables de Ana" <i>Nuria G. Arnáiz</i> (Méjico)	11
2 La primera vez <i>Marianela Corriols</i> (Nicaragua)	19
3 Shakti <i>Julietta Omaña Andueza</i> (Venezuela)	28
4 Lo observas y callas <i>Linda Báez Lacayo</i> (Nicaragua)	34
5 No era secreto <i>Sandra Torres Molina</i> (Chile)	42
6 Noches de Bogotá <i>Gabriela Selser</i> (Nicaragua/Argentina)	44
7 Cinema Lumière <i>Giselle Torio</i> (Méjico)	50
8 Instagram <i>Cristina Zubietá</i> (Méjico)	55
9 Lucía <i>Maya Lorena Pérez Ruiz</i> (Méjico)	61
10 El tren azul <i>Irene Selser</i> (Argentina)	67
11 El abrazo ardiente <i>Magdalena Pinochet</i> (Chile)	72
12 El funeral de la abuela Patita <i>Mayte Acelay Arellus</i> (Méjico)	77

LUCÍA

Maya Lorena Pérez Ruiz

Sentir al muerto encima, es la frase que Roberto retoma del habla popular para explicar la inmovilidad, cargada de terrores, que lo sujeta a la cama y a la presencia de un ser que se le acerca. Se le dificulta respirar y piensa que será imposible resistir el nuevo embate. Sus ojos recorren desorbitados la habitación para descubrir la presencia extraña, y éstos, más su pecho que sube y baja mientras intenta respirar, son los únicos movimientos posibles a causa de la parálisis que lo agobia cada noche.

Un intenso percutir invade sus oídos, en contraste mordaz con el silencio que lo rodea. Es tanto su temor de estallar por dentro, de estar cerca de un colapso mortal, que se aferra a la idea de que el palpitante amenazante es sólo su corazón que busca obligarlo a salir del sueño, a levantarse de la cama para acabar con su terror nocturno. Intenta mover los dedos, agitar la cabeza, pero esta vez la presencia extraña lo oprieme de tal forma que la inmovilidad no sólo es mayor, sino que duele. Debo tranquilizarme. Debo gritar para obligar a mi cuerpo a despabilarse, se repite una y otra vez, al recordar la última nota que leyó sobre esa extraña anormalidad; en la que el cerebro despierta mientras el cuerpo continúa inalterable bajo el sopor de un sueño enfermo. Es por quedarme dormido boca arriba, se explica a sí mismo, convencido de que se hundió en el sueño antes de acomodarse de otra forma en la cama. De allí la luz encendida y la inmovilidad en que me encuentro, reflexiona, bajo la protección de la luz de la lámpara que ilumina apenas la mitad de su cuerpo, y genera un entorno de tinieblas.

Una ligera mejoría le hace creer que está a punto de superar su estado. Se equivoca y la penumbra se compacta en franjas móviles, que al girar dibujan el rostro de Lucía. Al zumbido de los oídos se agrega la difi-

cultad de tragar saliva. ¡No, por favor! ¡Otra vez no esa maldita pesadilla! piensa que grita, sin que sus labios respondan a la orden del cerebro que se estrella ante la cerrazón de su garganta inerte. La angustia aumenta. El corazón bombea más rápido. El terror apertura sus párpados. Sus ojos secos buscan un lugar para escaparse. Continúa la parálisis que lo domina.

El rostro, hasta hace poco amado, candoroso le sonríe y se acerca para ofrecerle un beso. Roberto vehementemente anhela evadirse, sólo que su cabeza, sus labios, su cuerpo, sujetos al terror, no le responden. Se fuerza para gritarle ¡No! con la mirada. Le suplica que por favor se detenga, que el amor que lo consume y agobia por la ausencia de la mujer viva, no puede ser para ella, despojo de carroña, aparición fantasmal de impudica presencia. El rostro femenino parece comprender, se echa hacia atrás y lo mira con la frialdad de quien ha sido traicionado. Se descompone luego en un vientecillo helado que le murmura procacidades detrás de las orejas. No debo sucumbir a la locura, se exige Roberto, mientras su piel se eriza y un estremecimiento involuntario lo recorre todo.

Ella, que ahora es más que un semblante, flota por el espacio para desde arriba observarlo inerte. Se mece como un paño puesto a secar, como un gemido, como un sudario arrastrado por el viento. Le sonríe otra vez y amorosa se tiende sobre de él para protegerlo de las dudas. Soy yo, le murmura en el cuello y él se estremece sin poder distinguir si tiembla por horror o por el placer de aquello que evoca de Lucía.

¡No! ¡Otra vez no! le reclama al espectro de mujer, a su atrofiada razón que la atrae de la memoria para darle cuerpo y hacerla existir. ¡Basta ya! intenta articular con la garganta para emitir un grito potente capaz de sacudir la presencia que lo opprime, que lo agobia, que no lo deja respirar y que, además, despierta en él la añoranza, el deseo abrasador por un cuerpo inexistente. ¡Por favor! suplica desde adentro, muda su voz, quietos sus labios. Una risa suave lo cubre y sin oponerse ya Roberto se abandona. Ya no es cuerpo, sólo deseo, la acumulación de la ansiedad que lo obnubila. Y desde la razón, que sobrevive en algún rincón de su desalentado cerebro, con-

firma que otra vez ha sido derrotado y que para darle fin habrá de consumar la pesadilla.

Puede al fin cerrar los ojos para devenir en una imagen que es él y no lo es al mismo tiempo. Para verse desde lejos y actuar como si estuviera y no estuviera en la escena. Reconoce su figura, la sigue, la acompaña y se funde en ésta para padecer con plenitud su delirio, la congoja que lo lleva al cementerio, noche tras noche, para encontrarse con Lucía. Reconoce la tumba todavía sin lápida, huele las flores frescas después de tantos meses y padece la furia que lo obliga a escarbar con sus manos hasta llegar al cuerpo de ella, que existe tan lozano como lo recuerda. Le acaricia el rostro, le acomoda el pelo y solloza sobre su pecho el abandono. Ante el contacto con el cuerpo que no está frío, que pervive por su luxuria, reacciona ante el contacto y voraz procede a acariciarla. Le arranca la mortaja, muerde sus pechos, explora entre sus piernas, se las abre hambriento para regarla, para exigirle que estando en la tierra, que, siendo parte de ella, la mujer debe florecer para la vida.

Ya aliviada la húmeda añoranza por su sexo, Roberto descansa un instante, infinito para el tiempo de los muertos, ínfimo para el transcurrir humano, y se descubre prendido del cuerpo de Lucía, su rostro con la misma risa fatua con que lo visita cada noche. ¿Has sentido tú también? vocifera y al fin despierta, bañado en sudor, viscoso entre las piernas, los labios con sabor a tierra.

Con la luz de la mañana los recuerdos sobre su noche se evaporan y la rutina se apodera de Roberto, que alcanza algo de paz. Al llegar la noche, sin embargo, temeroso busca la manera de conjurar la pesadilla. Se acomoda en el sofá y trae a su memoria los instantes bellos y apacibles de su historia con Lucía. Recuerda con ahínco la mañana en que la conoció. Rememora el placer con que deseó enamorarse para descubrir el misterio que anunciaba su presencia. Porque algo de magia había en ella desde entonces, susurra, mientras plasma un beso en la fotografía que admira. De inmediato tiembla al recordar la sensación de destino inevitable

que sintió cuando se tomaron de la mano, aquella vez en que se fotografiaron en la torre de la iglesia vieja, rodeada de verdes huertas, saturadas de mangos y mameyes.

Lo alcanzan las once de la noche y él continúa atado a su álbum de recuerdos. Quiere obligar a su memoria a que se aferre de los rostros felices que tuvieron en su luna de miel. Fue allí, frente al mar calmo del Caribe que nos juramos fidelidad eterna, le recuerda a Lucía, implorándole piedad, y al hacerlo una ligera sombra se asienta en su conciencia. Es ya la madrugada cuando Roberto decide dormir y con empeño se acomoda de lado y abraza la almohada como precaución para no colocarse boca arriba.

Transita ahora sí por un sueño apacible, cuando una fuerza helada lo despierta, lo coloca boca arriba y su atónita mirada se clava obligadamente al techo. Su cuerpo, atado al pánico, no responde a las órdenes de su angustiado cerebro y sin voluntad percibe a Lucía que se le acerca, esta vez como una disparatada maraña de luces fosforescentes. Emerge desde la esquina cercana a la ventana y en su avance traza y descompone su silueta para ser ella y dejar de serlo, en un juego de pasiones descompuestas. ¡No, te lo suplico! desea gritar. Un mohín de disgusto se dibuja en la boca procaz que se deforma, hasta volverse un líquido denso que entra por su nariz, transita por la garganta y se instala en su estómago, constreñido ante la intrusión de ese ente pegajoso y frío. La nauseabunda sensación activa el vómito y por fin puede expulsar la indeseable presencia de Lucía.

La noche siguiente, Roberto nuevamente teme dormir. Debo intentarlo otra vez, se convence, mientras busca en su escritorio un par de hojas. Ha de recurrir a las palabras escritas para fijar en su mente lo que debe recordar. Deja que su mano arranque de su memoria lo que mejor se acomode a la velocidad con que traza. Retazos de instantes se plasman sin orden hasta agotar dos páginas. Ansioso por continuar toma una tercera y describe la última vez que escuchó a Lucía. Fue por teléfono, cuando lo invitó a que fuera un par días al pueblo de su abuelo, en el que ella vacacionaba. Si te animas, le dijo, podemos disfrutar las aguas termales de La Cañada. Con

dolor, Roberto recuerda su negativa. No podía ir, te lo juro, garabatea guiado por el remordimiento, pero sabe que no fue cierto y lo reconoce en la cuarta página que escribe. Fue por el miedo que sentí, confiesa. No sé por qué, pero algo me obligó a no estar contigo, admite entre sollozos. Fue algo mayor a mi voluntad lo que me llevó a inventar cualquier pretexto. Pero te sentí, ¡lo juro! Pude percibir tu miedo al estrellarte contra el muro de contención en la autopista. Y lloré y lloré sin saber por qué, hasta que horas después me dieron la noticia.

Habiendo confesado, Roberto se arroja sobre la cama para padecer la ausencia de Lucía, con tanto dolor, con tanta culpa. Hasta que agotado, rueda sin voluntad al sueño.

Instantes después, el helado agobio de la inmovilidad lo despierta. Esta vez es Lucía quien lo llama para conducirlo hasta su tumba. Allí, es ella también quien con sus manos remueve la tierra hasta dar con su cuerpo, devorado ya por infinidad de gusanos y roedores. Con una mucosa sin labios le sonríe y desde las cavidades sin ojos le reprocha. Roberto, desde el terror absoluto, incapaz de moverse, mira cómo la Lucía espectral abre el vientre de la Lucía cadáver para hurgar y extraer los pequeños despojos de un feto muerto.

Un convulso alarido regresa a Roberto de su pesadilla, que sale de la cama para atreverse por primera vez a hurgar dentro del bolso de su esposa que le entregaron en la morgue. Están allí la licencia de conducir, sus credenciales, un lápiz labial, un espejo roto y una tarjeta maltrecha de color de rosa. La mira ansiosa, con la certeza de que en ese papel está el secreto que guardó Lucía y que ha querido comunicarle cada noche.

Tiene miedo. Lo sostiene. Lo observa. Lo coloca otra vez dentro del bolso y tititando regresa nuevamente a su escritura. Solo que su mano enmudecida es incapaz de hacer un trazo. Con la punta de la pluma Roberto golpea la última hoja que ha escrito. Pretende continuar, golpea su mano, pero nada puede hacer para obligarla. Derrotado, mira intensamente el bolso. Lo abre, recupera el rosado papel, cargado de brillantitos en los lados.

Por fin lo abre. En él, una cigüeña feliz transporta un obeso bebé, que con un guiño pronostica su llegada. Abajo, escrita con su pequeña letra redonda y apretada, ella le anuncia su embarazo.

Al fin comprende.

Roberto se viste con su mejor traje, se calza los zapatos negros recién lustrados y amortajado retorna a la cama. Se coloca boca arriba y cruza las manos sobre el pecho, dispuesto a acompañar a su hijo y a Lucía, por la incommensurabilidad del tiempo muerto.